

OPINION



Alejandro Banzas
ECONOMISTA*

"Al medir la inflación básica, los EE.UU. separan los alimentos y combustibles como una forma de medir la inercia inflacionaria: la Argentina debería hacer lo mismo. Esos precios fluctúan por la oferta y demanda mundiales, pero hay otros precios que se forman evitando la inflación futura. Hoy la inercia inflacionaria es creciente, tal como surge de ver que en 2012 llegó a un 25%, con un crecimiento de la actividad modesto de apenas el 1,5%."

¿Hay otro camino para bajar la inflación?

"La inflación tiene más componente fiscal y rentístico que de emisión", sostiene el columnista.

Y el deterioro de la competitividad colaboraron para no poder revertir la tendencia, situación que se estima no variará sustantivamente el año en curso.

La inflación es la principal preocupación en la agenda del debate económico en nuestro país. Algunas voces, de neto corte monetarista, señalan a la emisión monetaria como el culpable inexcusable, y sostienen que reducir la tasa de crecimiento de la base monetaria es la fórmula para reducirla. Ahora bien, —esto se debe traducir con todas las letras—, dicha solución impone una suba sustantiva de la tasa de interés con el consecuente impacto en la irregularidad crediticia, el menor nivel de actividad y el impacto finalmente en el desempleo.

Lo que debe señalarse es que la fuerte emisión monetaria (\$84.430 millones, un 35% más que en el 2011) obedeció —sólo en diciembre del 2012 representó el 46%— a sostener el gasto evitando que la economía continuara descendiendo, en un escenario por demás complicado. La restricción cambiaria, la menor demanda de Brasil y Europa

Las empresas no deciden elevar los precios porque la oferta de dinero se ha incrementado; lo hacen por que la demanda aumenta y creen que pueden aumentar los precios sin perder ventas. Ahora bien, ¿por qué aumentan los precios en un contexto de bajo nivel de actividad? La emisión de pesos va al sistema financiero una parte en forma de depósitos, va al dólar "paralelo" y va a bienes. En este punto del razonamiento, cabe preguntarse si la demanda de bienes y servicios ha sido tan fuerte como para justificar esa suba de precios.

Aquí cabe agregar las apertencias de rentabilidad sectorial que al ver achicar sus márgenes de ganancias por la suba indiscutida de costos deciden trasladarlos mientras la demanda convalece.

En este contexto, ¿hay otro camino para disminuir la inflación? Sin dudas que lo hay, y es recomponer en primera instancia el Índice. Para establecer un programa creíble que contemple una meta inflacionaria en escala descendente por los próximos cuatro años, de

modo de reducir la incertidumbre.

En segundo lugar, recuperar el superávit fiscal; y esto no necesariamente implica reducir gasto, sino reactivar la economía permitiendo con ello adicionar ingresos, contemplando una reforma tributaria con un sesgo más progresivo. Asimismo, morigerar los planteos salariales al mismo tiempo que se limiten los márgenes de rentabilidad de "otros tiempos", algo así como el sacrificio que una sociedad debe hacer cuando se plantea un problema que atañe a todos.

Finalmente, un sistema financiero proactivo en favor de proyectos de inversión, que permitan ampliar la oferta de bienes y servicios y un mayor control de los mercados oligopólicos o monopólicos que son formadores de precios.

Al medir la inflación básica, los EE.UU. separan

los alimentos y los combustibles como una forma de medir la inercia inflacionaria, y en tal sentido,

Argentina debería hacer lo mismo. Estos precios fluctúan debido a la oferta y demanda mundial, pero hay otros precios que se forman evitando la inflación futura y en esto juegan las expectativas. Hoy la inercia inflacionaria es creciente, tal como surge de ver que en 2012 llegó a un 25%, con un crecimiento de la actividad modesto de apenas el 1,5%.

El crecimiento en el precio de los alimentos ha sido un fenómeno mundial que impacta en nuestro país, que consolida un piso inflacionario importante y que castiga a los sectores de menores ingresos ya que son éstos los que contemplan a dicho ru-

bro una mayor ponderación en su nivel de gasto.

Si logramos aliviar las tensiones fiscales, tanto de las provincias como la asistencia a la tesorería, recuperando superávit fiscal, con éste podremos comprar reservas restableciendo el equilibrio que la economía ya transitó en un pasado reciente. No obstante, esta medida debe tomarse conjuntamente con todo lo ya indicado. Recuperar el superávit fiscal por añadidura implica una menor emisión con destino a asistir al Tesoro, y esto tranquilizará a los monetaristas, que con sus comentarios catastróficos, también contribuyen a generar expectativas.

*Titular de la consultora Reporte Económico

